
PARTICULARISMO EPISTÉMICO, FRAGMENTACIÓN ACADÉMICA E INTERDISCIPLINARIEDAD

JORDI MUNDÓ

En los últimos tiempos se ha impuesto en el mundo académico el desideratum de la interdisciplinariedad, entendida en un sentido mínimo como la interacción, coordinación y conexión de disciplinas distintas con el fin de mejorar las explicaciones fragmentarias sobre partes del mundo. Qué duda cabe que es esta una aspiración estimable que se compadece con el buen sentido epistémico de mitigar o eliminar la práctica de la ciencia en compartimentos estancos. Sin embargo, aceptando esta pretensión como valiosa en sí misma, cabe preguntarse sobre dos aspectos dependientes entre sí: (1) ¿Puede practicarse la interdisciplinariedad sin poner en cuestión los supuestos metodológicos u ontológicos que han contribuido al particularismo epistémico? ¿Acaso es posible reparar el hiato entre campos del conocimiento sin abordar tareas de recategorización de fundamentos que impiden una verdadera integración causal? (2) ¿En qué sentido puede ser relevante la interdisciplinariedad cuando trata de reunir ciencias que históricamente han sufrido un proceso de fragmentación que ha contribuido a constituir las como distintas, en el sentido de que han pasado a ocuparse de problemas distintos desde supuestos divergentes? ¿Cabe aquí una interdisciplinariedad meramente procedimental que no conlleve una revisión de las consecuencias indeseadas de esa fragmentación?

¿CABE SUPERAR EL PARTICULARISMO EPISTÉMICO Y ONTOLÓGICO?

En el campo de conocimiento de las ciencias sociales existe una arraigada tradición que contribuye a tratarlas como un ámbito desconectado del resto de la ciencia. Se trata de un particularismo epistémico y/o ontológico que ha cristalizado en formas variopintas de entre las que destacan dos versiones que han tenido una gran penetración metodológica.

(a) La primera, que podríamos calificar como *separatismo metodológico y ontológico*, sostendría que los criterios de bondad epistémica que habría

Profesor de Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales y Morales. Departamento de Teoría Sociológica, Filosofía del Derecho y Metodología de las Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, España. / jordimundo@ub.edu

que aplicar a las ciencias sociales deben ser distintos de los que se utilizan en las ciencias naturales. Estaríamos ante el viejo problema de la oposición entre la tradición de las *Geisteswissenschaften* (o ciencias del espíritu) y las *Naturwissenschaften* (o ciencias naturales) del siglo XIX. Según la primera concepción, la voluntad de interpretación hermenéutica de la vida social humana sería metodológicamente más deseable que la pretensión de descubrimiento de leyes causales, lo cual haría de las ciencias sociales un territorio refractario a los principios que gobiernan las ciencias naturales. No cabe duda de que gran parte de la antropología, y muy señaladamente de la sociología de inspiración weberiana (la *Verstehenssoziologie*), han hecho mucho por fomentar este tipo de particularismo metodológico.

(b) La segunda versión particularista, que vincula al núcleo de la ciencia económica estándar —y por ende a sociólogos politólogos influidos por los enfoques y métodos de la misma— tendría que ver con una suerte de *aislacionismo causal* de la ciencia económica respecto del resto de la ciencia. Puesto que la ciencia económica habría alcanzado la categoría de “reina de las ciencias sociales” por su brillante expediente en punto a integrar un aparato matemático robusto, se inferiría de su enfoque que la globalidad de ciencia social no debería renunciar a buscar causas, pero debería hallarlas en los estados mentales de los agentes sociales, construyendo a partir de ellos explicaciones causales que dieran cuenta de los fenómenos sociales objeto de estudio.

Desde un punto de vista metodológico, lo llamativo de este enfoque es que certifica como irrelevante lo que puedan decir ciencias adyacentes a las ciencias sociales (como la psicología cognitiva o la biología evolutiva) sobre el origen, naturaleza y alcance de los estados mentales intencionales. De modo que puede afirmarse que el delicado edificio matemático y conceptual de la ciencia económica estándar se ha ido construyendo bajo el supuesto implícito de que las ciencias sociales están causal y conceptualmente aisladas del resto de la ciencia empírica. Así, habría comunidad metodológica con el conjunto de la ciencia, mas no comunidad ontológica. Por citar sólo un ejemplo, una parte del fracaso global de la teoría de la elección racional en buena medida tendría aquí su raíz.

En las últimas décadas ha habido intentos serios de revisar a fondo los problemas particularistas relacionados tanto con el separatismo metodológico y ontológico de las ciencias sociales respecto de las ciencias naturales, así como con su aislacionismo causal. La crítica al “modelo estándar” de las ciencias sociales por haber esquivado sistemáticamente la importancia de la naturaleza humana en la explicación social —que urge a recuperar en algún sentido relevante principios evolutivos y cognitivos para comprender cabalmente la sociedad y cultura humanas, su complejidad y diversidad— ha significado un aldabonazo decisivo para el replanteamiento de problemas económicos, sociales, políticos y culturales¹. ¿Puede

llamarse a este proceso de revisión de los fundamentos, interdisciplinariedad entre las ciencias sociales y las naturales? A falta de una cala analítica más informada, no es infundado afirmar que las estrategias académicas sedicentemente interdisciplinarias más comunes en la ciencia social no acostumbran a poner en cuestión los supuestos metodológicos u ontológicos de la misma, lo cual hace de la interdisciplinariedad un ejercicio siempre interesante y deseable, pero muy a menudo retórico y cosmético. Nos parecería, pues, más fecundo asociar interdisciplinariedad a integración causal seria, que exija poner en evidencia los problemas metodológicos en vez de soslayarlos. Al menos en ciencia básica, siempre han sido apreciadas las aportaciones que han contribuido a eliminar los obstáculos entre disciplinas. Newton fue importante, entre otras cosas, pero muy señaladamente, porque su teorización consiguió unir los campos antes separados de la mecánica terrestre y la celeste. Admiramos a Maxwell porque sus aportaciones consiguieron unificar teóricamente los campos antes separados de la electricidad, la luz y el magnetismo ². Y la síntesis neodarwinista lograda a mediados de siglo pasado todavía nos asombra por su capacidad unificadora de la teoría evolucionaria con la teoría genética ³.

¿CÓMO RECOMPONER LA FRAGMENTACIÓN DE LA CIENCIA SOCIAL ACADÉMICA?

Al tiempo que resulta admirable la enorme riqueza de hallazgos empíricos y aportaciones teóricas de las ciencias sociales en los dos últimos siglos, no deja de llamar la atención cómo en multitud de aspectos tienden a ignorarse mutuamente y a reafirmar las fronteras metodológicas, conceptuales y filosóficas de cada subdisciplina académica.

Siguiendo con el caso de la ciencia económica estándar, es evidente que lo que en la actualidad ordinariamente llamamos “economía” tiene una significación académica singularmente reciente. Cuando nos retrotraemos a la noción de “economía” en sentido clásico, estamos hablando de algo sustancialmente distinto a la concepción actual. Por poner un ejemplo, ¿hacemos justicia a las aportaciones de Adam Smith si lo calificamos de economista? Cabe dudarlo. Aunque según la idea contemporánea de la división intelectual del trabajo académico pueda resultarnos contraintuitivo, sólo podemos aproximarnos con cierto sentido no anacrónico a Smith si aceptamos que era a la vez economista, sociólogo, filósofo moral e historiador. Adam Smith era todo esto a la vez, y un buen modo de entenderlo es viéndole como un “economista político” en sentido clásico ⁴. Efectivamente, la “economía política” clásica integraba todas estas disciplinas que hoy andan desgajadas, cuando no enfrentadas. Este es un asunto en absoluto trivial con relación al problema de la interdisciplinariedad.

Bajo la denominación de “economía política” el estudio de los problemas sociales estuvo unificado desde mediados del siglo XVIII hasta finales del XIX. Y desde Aristóteles hasta el siglo XVIII, lo estuvo bajo el título de “política”. Aristóteles, Tucídides, Tácito, Maquiavelo, Montesquieu, Locke, Ferguson, Adam Smith, Mill padre y Mill hijo o Marx difícilmente son clasificables con las etiquetas académicas hoy al uso. ¿Por qué hoy hay que tratar los problemas del mundo social como economista o sociólogo o politólogo o antropólogo o historiador, y además se considera fuera de lugar —en el sentido que es ajeno a la ciencia social— hacerlo, por ejemplo, como filósofo moral?

No es aquí el lugar para analizar cómo y por qué la “política” en el sentido de Aristóteles se transmutó en la “economía política” dieciochesca y, significativamente, cómo tras la revolución marginalista, a finales del siglo XIX y principios del XX la “economía” perdió el predicado de “política” para pasar a contener meramente el significado actual de la anglosajona *economics* ⁵. Si algo caracterizó la ciencia económica de la primera mitad del siglo XX fue su carácter apolítico, en el sentido que sus análisis para la asignación eficiente de recursos soslayaban sistemáticamente cualquier aspecto que tuviera que ver con las relaciones de poder o la existencia de jerarquías sociales en el vínculo entre capital y trabajo. Según este enfoque, podía prescindirse de nociones problemáticas como “poder”, “clase social”, “confianza”, “reciprocidad”, “norma social”, “socialización”, “control social”, “coerción” etc., nociones todas ellas que pasaron a constituir el material de construcción de disciplinas como la sociología y la antropología, ciencias en las que no se afronta la realidad social como si se tratara de un mundo de “problemas políticos resueltos” ⁶.

Si esto es así, ¿en qué sentido relevante la interdisciplinariedad *dentro* de la ciencia social puede rebasar la mera cooperación superficial, la simple composición de datos obtenidos desde distintas disciplinas y la coordinación a beneficio de inventario para una supuesta comprensión de problemas que van más allá de las fronteras fragmentarias de las distintas disciplinas académicas hoy establecidas (y burocráticamente blindadas)? No parece que esto sea posible sin una repolitización de la “reina de las ciencias sociales” y una reconceptualización y recategorización entera que la reintegre metodológica y ontológicamente con el resto de las ciencias sociales. Hasta ahora, los intentos realizados en este sentido han tenido poco éxito. ¿Habrá que resignarse a una interdisciplinariedad científico-social episódica y meramente instrumental?

NOTAS

- 1 Cfr. Barkow, et al. (1992), Mundó (2005), Castro, et al. (2008).
- 2 Cfr. Mundó (2008: 94-203).
- 3 Daniel Dennett (1995:21), escribió con agudeza: “Si tuviera que dar un premio a la mejor idea que jamás alguien haya tenido, tendría que dársela a Darwin, antes que a Newton, que a Einstein y que a cualquier otra persona. De una sola tacada, la idea de la evolución a través de la selección natural unifica el reino de la vida, del significado, y lo conecta con el reino del espacio y el tiempo, de las causas y los efectos, de los mecanismos y las leyes físicas”.
- 4 Cfr. Casassas (2010).
- 5 Cfr. Domènech (2003).
- 6 Recuérdese la precisa y reveladora afirmación del economista Abba Lerner (1972:259): “Una transacción económica es un problema político resuelto. La economía se ha ganado el título de reina de las ciencias sociales por haber escogido problemas políticos resueltos”.

REFERENCIAS

- Barkow, J., et al. (eds.) (1992), *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Oxford: Oxford University Press.
- Casassas, D. (2010), *La ciudad en llamas. La vigencia del republicanismo comercial de Adam Smith*, Barcelona: Montesinos.
- Castro, L., et al. (2008), *¿Quién teme a la naturaleza humana?*, Madrid: Tecnos.
- Dennet, D. C. (1995), *Darwin's Dangerous Idea*, New York: Simon & Schuster.
- Domènech, A. (2003), “Cómo y por qué se fragmentó la ciencia social”, en E. Di Castro, et al., *Racionalidad y ciencias sociales*, México D.F.: UNAM.
- Lerner, A. P. (1972), “The economics and politics of consumer sovereignty”, *American Economic Review* 62.
- Mundó, J. (2005), “Integración causal en la explicación científica: ciencia social con o sin psicología”, *Ludus Vitalis* XIII (24): 29-54.
- Mundó, J. (2008), “La filosofía natural de James Clerk Maxwell”, en VV.AA., *Maxwell, Barcelona: Planeta*.